

SÖNKE NEITZEL
HARALD WELZER

SOLDADOS DEL TERCER REICH

Testimonios de lucha,
muerte y crimen

CRÍTICA

SÖNKE NEITZEL
HARALD WELZER

SOLDADOS DEL TERCER REICH

Testimonios de lucha, muerte y crimen

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Ver la guerra con los ojos de los soldados: análisis de los marcos de referencia

El horror, ¿sabe?, el horror que experimentamos al principio ante el hecho de que un ser humano pudiera tratar a otro de tal modo, se ha calmado, en cierta forma. Así es como pasa siempre, ¿no es cierto? Y es algo que he visto también en mí misma: que de hecho nos hemos quedado relativamente más tranquilos, nos sentimos más *cool*, como dice esa bonita expresión moderna.

Antigua vecina del campo de concentración de Gusen

Los seres humanos no son como los perros de Pavlov. No reaccionan a los estímulos con reflejos condicionados. Entre el estímulo y la reacción, en el ser humano, existe algo sumamente específico que constituye su conciencia y distingue al género humano de todas las otras formas de vida: el ser humano interpreta lo que percibe, y solo sobre la base de esa interpretación extrae conclusiones, decide y actúa. En consecuencia, el ser humano —a diferencia de lo que suponía la teoría marxista— no actúa nunca sobre la base de condiciones objetivas; y tampoco lo hace —en contra de lo que, desde hace tiempo, quieren hacernos creer los teóricos de la «elección racional» en las ciencias económicas y sociales— exclusivamente en respuesta a un análisis de costes y beneficios. En una guerra, la ponderación de coste y beneficio carece de relieve, igual que no *tiene* que producirse nunca por efecto de unas circunstancias objetivas. Un cuerpo cae siempre de acuerdo con la ley de la gravedad, y nunca de otro modo; pero en lo que respecta a lo que los seres humanos hacen, siempre pueden hacerlo de otro modo. Tampoco existen cuestiones tan mágicas como las «mentalidades», que lleven a un ser humano a actuar de un modo u otro, aunque sin duda, las formaciones psíquicas influyen en cómo actúa un ser humano. Las mentalidades preceden a las decisiones, pero no las determinan. Incluso si los seres huma-

nos, en su percepción y actuación, se hallan sujetos a condicionantes sociales, culturales, jerárquicas y biológicas o antropológicas, ello no obstante siempre encuentran margen para la interpretación y la acción. Por descontado, poder interpretar y decidir requiere siempre de orientación y conocimiento al respecto de aquello con lo que uno se relaciona en ese momento y de qué consecuencias se derivan de cada decisión. Esta orientación proporciona una matriz de directrices de interpretación, ordenadoras y organizadoras: los marcos de referencia.

Los marcos de referencia son extraordinariamente variables desde el punto de vista histórico y cultural; así, los musulmanes ortodoxos ordenan el comportamiento sexual moralmente aceptable o reprochable en marcos de referencia distintos a los que emplean los occidentales profanos. Pero ningún miembro de ninguno de los dos grupos interpreta lo que ve ajeno a referencias que no ha elegido ni escogido él mismo y que marcan, orientan y, en buena medida, dirigen sus percepciones e interpretaciones. Esto no significa que, en situaciones especiales, no se pueda ir más allá del marco de referencia dado para ver y pensar de un modo nuevo, pero es algo que ocurre con relativa poca frecuencia. Los marcos de referencia garantizan economía de acción: la gran mayoría de lo que ocurre se puede clasificar en una matriz conocida. Ello resulta un alivio. Ante la acción, no se debe empezar siempre de cero y responder siempre de nuevo a la pregunta «¿qué está ocurriendo aquí?». En su inmensa mayoría, las respuestas a esta pregunta son datos por defecto, recuperables: se hallan almacenadas en un depósito de saber y orientación cultural que despeja gran parte de las tareas de la vida al presentarlas como rutinas, costumbres y certezas, que nos alivian enormemente a todos.

Por el contrario, sin embargo, esto también significa que, cuando deseamos esclarecer el comportamiento de determinados seres humanos, debemos reconstruir los marcos de referencia en cuyo seno han actuado, que han ordenado sus percepciones y han sugerido sus conclusiones. Para esta reconstrucción, los análisis de las condiciones objetivas son totalmente insuficientes. Las mentalidades tampoco explican *por qué* alguien ha hecho algo, sobre todo cuando otras personas pertenecientes a la misma formación mental han llegado a decisiones y consecuencias muy distintas. Aquí topamos con el límite sistemático de las teorías sobre las guerras ideológicas y los regímenes totalitarios: no responden a la pregunta de cómo las «ideologías» y las «concepciones del mundo» se transforman en percepciones e interpretaciones particulares; qué efecto tienen en la acción individual de cada uno. Para comprender esto, empleamos el procedimiento de los marcos de referencia, un instrumento que sirve para reconstruir las percepciones e interpretaciones de los seres humanos en determinadas circunstancias históricas; aquí, las de los soldados alemanes en la segunda guerra mundial.

El método de los marcos de referencia deriva de la consideración según la cual no se pueden comprender las interpretaciones y los comportamientos de una persona sin reconstruir qué «veía» esta: dentro de qué modelo de interpre-

tación, de qué ideas y relaciones percibían las situaciones, y cómo interpretaban esas percepciones. Si no se toma en consideración el marco de referencia, es inevitable que los análisis científicos de acciones pasadas resulten normativos, porque como base del proceso de intelección se recurrirá a las medidas normativas de la actualidad de cada uno. Por ello, es frecuente que los acontecimientos históricos relacionados con la guerra y la violencia aparezcan catalogados como «atroces», aunque la atrocidad no es en ningún caso una categoría analítica, sino moral. Por ello mismo, también es frecuente que el comportamiento de quienes ejercen la violencia se catalogue ya de entrada como «anormal» o «patológico», pese a que —cuando se reconstruye el mundo desde su punto de vista— ejercer la violencia resultaba lógico y comprensible. Lo que debemos hacer con ayuda del análisis de los marcos de referencia, por ende, es dirigir una mirada *no moral*, no normativa, a la violencia ejercida durante la segunda guerra mundial; así podremos comprender qué condiciones se requieren para que seres humanos de psique perfectamente normal, en determinadas circunstancias, hagan cosas que nunca realizarían en circunstancias distintas.

A este respecto cabe diferenciar varios órdenes de marcos de referencia:

Los marcos de referencia *de primer orden* comprenden la estructura sociohistórica de trasfondo ante la cual los seres humanos actúan en un momento dado.

Por regla general, nadie es consciente de la función orientadora de este marco de primer orden, igual que ningún ciudadano alemán, durante la lectura del periódico, da cuenta de pertenecer al círculo cultural cristiano-occidental y de que sus valoraciones (por ejemplo, sobre un político africano) se hallan sujetas a las normas de ese círculo cultural. Los marcos de primer orden son lo que Alfred Schütz ha denominado *assumptive world* («el mundo que damos por sentado»), la forma de ser que se sobreentiende como natural para un mundo determinado: qué se considera «bueno» y «malo», «verdadero» o «falso», qué pertenece al ámbito de lo comestible, qué distancia corporal se adopta al hablar con otra persona, qué se tiene por cortés o descortés, etc. Este «mundo sentido» se halla mucho más en un plano inconsciente y emocional que en uno reflexivo.¹

Los marcos de referencia *de segundo orden* son histórica y culturalmente —y, en su mayoría, también geográficamente— más concretos. Comprenden un espacio sociohistórico que, en la mayoría de los aspectos, se puede restringir: por ejemplo, al período de gobierno de un régimen, al tiempo de validez de una constitución o a la historia de una formación histórica (como pudiera ser el Tercer Reich).

Los marcos de referencia *de tercer orden* son aún más específicos: comprenden una relación de sucesos sociohistórica en la que actúan determinadas personas; por ejemplo, una guerra en la que estas participan como soldados.

Los marcos de referencia *de cuarto orden* son las características, formas de percepción, modelos de interpretación, deberes percibidos como tales, etc., siempre peculiares, que una persona lleva consigo en una situación dada. En

este nivel cuentan la psicología, las disposiciones personales y la cuestión de la adopción de decisiones individuales. En el presente libro analizaremos marcos de referencia *de segundo y tercer orden*, porque nuestro material permite acceder sobre todo a estos.

Nos ocuparemos, pues, del mundo del Tercer Reich, del que proceden los soldados de la Wehrmacht, y del análisis de las situaciones concretas, bélicas y militares, en las cuales estos actúan. En cambio, sobre la personalidad de los diversos soldados (los marcos *de cuarto orden*), a menudo no sabemos nada; y siempre sabemos demasiado poco para, por ejemplo, esclarecer qué acontecimiento biográfico y qué disposición psíquica fueron responsables de que cierta persona matara de buena gana y cierta otra persona sintiera aversión hacia el asesinato.

Antes de comenzar con los verdaderos análisis, sin embargo, es necesario presentar los distintos componentes que forman los marcos de referencia.

Orientación de base: en realidad, ¿qué está pasando aquí?

El 30 de octubre de 1938, la emisora de radio estadounidense CBS interrumpió su programación con una emisión especial: en Marte se había producido una explosión de gas a consecuencia de la cual una nube de hidrógeno se dirigía hacia la Tierra a gran velocidad. Un periodista entrevista al respecto a un catedrático de astronomía y, entre medio, salta la siguiente noticia: los sismógrafos han detectado una sacudida de la intensidad de un terremoto fuerte que, plausiblemente, se debe al impacto de un meteorito. Desde este momento, las noticias se suceden sin pausa. Movidas por la curiosidad, varias personas han localizado el lugar del impacto; al poco tiempo, emergen de allí unos extraterrestres que atacan a los espectadores. Nuevos objetos impactan en otros lugares, una multitud de extraterrestres ataca a los humanos. Se despliega a las fuerzas armadas —aunque sin apenas éxito—, los extraterrestres se dirigen a Nueva York. El ejército lanza sus aviones de combate y los estadounidenses empiezan a abandonar las zonas de peligro. Estalla el pánico.

En este punto se produce un cambio en el marco de referencia. Hasta el episodio de los aviones de combate, la descripción solo reproduce el desarrollo de una pieza de radio que Orson Welles creó a partir de la novela *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells; pero la huida de los hombres y mujeres, presas del pánico, existió de verdad. De los seis millones de estadounidenses que, aquel día memorable, estaban escuchando la transmisión radiofónica, dos millones se tomaron en serio el ataque de los extraterrestres. Algunos incluso hicieron las maletas febrilmente y salieron a las calles para huir del temido ataque con gas de los extraterrestres. Las conexiones telefónicas estuvieron bloqueadas

durante horas. Pasaron varias horas hasta que no se divulgó en todas partes que el ataque había sido una mera ficción.² Este acontecimiento legendario, sobre el que se cimentó la fama de Orson Welles, evidencia con claridad que el psicólogo social William I. Thomas tenía razón cuando formuló, en 1917, el siguiente teorema: «Cuando el ser humano interpreta una situación como real, esta situación provoca consecuencias reales». Una apreciación de la realidad puede ser tan falsa o irracional como se quiera; sin embargo, las conclusiones que se extraen de ella crean a su vez nuevas realidades.

Así, las y los oyentes que no captaron el aviso de que *La guerra de los mundos* era una pieza radiofónica consideraron que la invasión era real. A este respecto, por cierto, uno debe recordar que las posibilidades de comunicación, en aquellos años, no permitían una comprobación rápida de la realidad; y que, al bajar a la calle, los que huían de su bloque de viviendas hallaban a una multitud de personas que hacían exactamente lo mismo. ¿Cómo podía dar eso pie a la sospecha de que se habían dejado llevar por un engaño? El ser humano intenta confirmar su percepción e interpretación de las realidades mediante la observación de la actuación ajena, sobre todo en aquellas situaciones que, por su carácter inesperado y amenazador, comportan en un principio mayores problemas de orientación: ¿qué está pasando aquí? ¿Qué debo hacer?

Así surge, por ejemplo, el famoso fenómeno del «bystander» o «espectador»: cuando varias personas son testigo de un accidente o una pelea, es infrecuente que alguna de ellas intervenga. Ninguno de los espectadores sabe con certeza cuál sería la reacción correcta en ese momento y, por ello, todos buscan mutuamente orientación en el otro; pero como nadie parece reaccionar, todos permanecen quietos, mirando. Nadie ayuda, pero no —según suelen comentar los medios de comunicación— porque sean «insensibles», sino por falta de orientación y a causa de un proceso, de desarrollo fatal, de confirmación mutua de la no actuación. Los implicados se crean un marco de referencia común en cuyo seno adoptan sus decisiones. En cambio, cuando es solo una persona la que se encuentra ante una necesidad de ayuda similar, suele intervenir sin ceder tanto tiempo a la reflexión.

El ejemplo de *La guerra de los mundos* resulta espectacular. Pero solo muestra qué ocurre por principio cuando el ser humano busca orientación. Las sociedades modernas, en particular, exigen a sus miembros una labor de interpretación constante en toda su abundancia de ámbitos de funcionamiento, roles exigidos y situaciones complejas: ¿qué está ocurriendo aquí?, ¿qué expectativa debo satisfacer? En la mayoría de los casos, no somos conscientes de ello, porque de la mayor parte de este incesante trabajo de orientación se encargan las rutinas, costumbres, guiones y reglas; y esto, por así decir, se desarrolla de un modo automático. Pero cuando se producen alteraciones de las funciones, pequeños accidentes, engaños o errores, uno cobra conciencia de que en ese momento se exige, de forma explícita, lo que habitualmente hacemos sin cesar de forma implícita: interpretar lo que está pasando en este momento.

Esta labor de interpretación, por descontado, no se produce en el vacío ni comienza a partir de cero una y otra vez: nuevamente, se halla sujeta a unos «marcos», esto es, a perspectivas integradas por muchos componentes, que dotan de una estructura organizativa a la experiencia que se va a vivir. Erving Goffman, en la estela de Gregory Bateson³ y Alfred Schütz,⁴ ha descrito una serie completa de tales marcos, con sus propiedades; a partir de aquí, ha elaborado un estudio de cómo estos marcos no solo organizan nuestras orientaciones y percepciones cotidianas, de una forma muy abarcadora, sino que también —según sean el punto de vista del observador y el conocimiento del contexto— determinan interpretaciones extraordinariamente diversas. Para el que plantea un engaño, por ejemplo, el marco de su actuación es una «maniobra de amago»; pero quien sufre el engaño, ve ante sí lo simulado.⁵ O, según lo expuso Kazimierz Sakowicz: «Para los alemanes, 300 judíos significan 300 enemigos de la humanidad; para los lituanos, son 300 pares de zapatos y 300 pantalones».⁶

En el presente contexto, hay un aspecto especialmente importante, que no interesaba particularmente a Goffman: la cuestión de cómo se forman los marcos de referencia que orientan, dirigen y organizan la interpretación de una situación. Sin duda, la «guerra» forma un marco de referencia distinto al de la «paz», hace parecer adecuadas distintas decisiones y justificaciones y altera las medidas de lo que se tiene por correcto o incorrecto. En la percepción e interpretación de las situaciones en las que se hallan, los soldados tampoco siguen cualesquiera indicaciones, sino que actúan con una sujeción notablemente específica a modelos que solo les permiten un espectro limitado de interpretaciones individuales. Todo ser humano se encuentra sujeto a un «sistema de creencias» («belief system»): un conjunto de formas, impregnadas culturalmente, de percepción e interpretación. No es algo exclusivo de los soldados.

Sobre todo en las sociedades plurales, resulta particularmente pronunciada la correspondiente necesidad de orientación y, con ello, la diferenciación de los marcos. El ser humano moderno debe poder cambiar incesantemente entre las distintas exigencias de los marcos —como cirujano, como padre, como jugador de cartas, como deportista, como miembro de una comunidad de propietarios, como paciente en una sala de espera, etc.— y poder dominar las exigencias asociadas con cada rol. Esto también supone que todo cuanto uno hace en el marco de un rol determinado, lo puede observar y valorar con distancia desde la perspectiva de los otros roles; es decir, que uno se halla en situación de distinguir dónde se exige una frialdad profesional, sin intervención de las emociones (durante una operación quirúrgica) y dónde no (durante el juego con los hijos). Esta posibilidad de «tomar distancia con el rol»⁷ asegura que el rol temporal no nos absorba de modo que nos impida responder a las exigencias de los otros roles; en otras palabras, garantiza que podamos ser flexibles para cambiar entre los distintos marcos de referencia, interpretar correctamente las distintas exigencias y actuar de acuerdo con estas interpretaciones.

Ataduras culturales

Stanley Milgram formuló, en cierta ocasión, su interés por la cuestión de por qué una persona puede preferir arder en el interior de una casa, antes que correr a la calle sin pantalones. Si se contempla objetivamente este proceder, se trata de algo irracional, desde luego; pero subjetivamente solo muestra que, en determinadas culturas, las normas que rigen la vergüenza levantan obstáculos ante las estrategias de salvación de la propia vida, obstáculos que solo cabe superar con una enorme dificultad. En la segunda guerra mundial, los soldados japoneses preferían suicidarse a caer prisioneros. En Saipán, miles de civiles se arrojaron al mar desde las rocas para no caer en manos de los estadounidenses.⁸ Incluso cuando se trata de la propia supervivencia, las ataduras y los deberes culturales desempeñan a menudo un papel más importante que el impulso de preservación personal; ello explica también, por ejemplo, por qué una persona puede morir en el intento de salvar a un perro que se ahoga, o por qué puede considerar razonable saltar por los aires como autor de un atentado suicida (véase la página 273).

Los casos de naufragio de sociedades enteras muestran la extensión con la que pueden llegar a actuar las ataduras culturales. Así ocurrió con los vikingos normandos, que hacia el año 1000 conquistaron Groenlandia y sucumbieron al no saber renunciar a las costumbres agroalimentarias que habían traído de Noruega, a pesar de que, en Groenlandia, las condiciones climáticas eran muy distintas. Así, en lugar de alimentarse de pescado, muy abundante en la zona, intentaron practicar la ganadería, pese a que la estación de los pastos, en la isla, no duraba el tiempo suficiente.⁹ Esto no supone que fuera imposible sobrevivir en tales circunstancias ambientales, como demuestra el caso de los inuit, que ya poblaban Groenlandia en tiempos de los vikingos y en la actualidad todavía la pueblan. El ejemplo más famoso del naufragio de una sociedad debido a las ataduras culturales lo ofrecen los habitantes de la isla de Pascua, que invirtieron tal suma de recursos en la producción de esculturas gigantes como símbolo de la condición social que, a la postre, socavaron la base de la supervivencia hasta el punto de causar su propia extinción.¹⁰

Las ataduras culturales (entre las cuales deben incluirse también, por supuesto, las religiosas) aparecen en los sentimientos y conceptos de la vergüenza y el honor, y, en general, en la incapacidad de solventar los problemas «racionalmente» aun cuando, desde el punto de vista del observador, tales soluciones parecen hallarse tan a mano como en el caso de los vikingos, a los que les habría bastado con pasar de la carne al pescado.

Desde el punto de vista de la supervivencia, el bagaje cultural puede tener mucho peso, en ocasiones, y a veces incluso puede resultar letal. Dicho de otro modo: lo que en todos estos casos se percibió como un problema no fue la amenaza que afectaba a la propia supervivencia, sino el riesgo de dañar conductas

prescritas, de carácter simbólico o heredado, o dependientes de la condición social u órdenes recibidas; y este riesgo, obviamente, puede percibirse como algo tan abrumador que, en la perspectiva de los agentes, les impide contemplar *ninguna otra posibilidad*. Al actuar así, el ser humano deviene cautivo de sus propias técnicas de supervivencia.

Las ataduras culturales habituales y las obligaciones que culturalmente se dan por sentadas representan una parte considerable de los marcos de referencia; justamente esta es la razón de que tengan tanta eficacia y a menudo resulten incluso obligatorias, pues no llegan a alcanzar el plano de la reflexión. A todas luces, la propia forma de vida cultural es la que excluye que se puedan observar determinados cosas o se puedan alterar costumbres perniciosas y estrategias carentes de sentido. Desde una perspectiva exterior, es frecuente que parezca ser completamente irracional aquello que, desde la perspectiva interior de los agentes, posee una cualidad insuperablemente racional, por cuando se trata de algo lógico y evidente. El ejemplo de los vikingos también demuestra que las ataduras culturales no solo constan de lo que los miembros de una cultura saben, sino más bien, ante todo, de lo que desconocen.

Desconocimiento

El ejemplo del muchacho judío Paul Steinberg, que, a sus dieciséis años, en Francia, fue denunciado por una vecina y consiguientemente deportado a Auschwitz, nos permite adentrarnos en los posibles efectos del desconocimiento. En Auschwitz, Steinberg tuvo que enfrentarse a una carencia fatal en su marco de referencia, relativa, en concreto, a la ducha.

—Y tú, ¿cómo has llegado aquí? —me preguntó un peletero del *faubourg* Poissonnière. Yo lo miré desconcertado. Él señaló mi rabo con el dedo, hizo venir a los compañeros y gritó:

—¡Este no está circuncidado!

Yo sabía tan poco sobre la circuncisión como sobre la religión judía en general. Mi padre se había abstenido —sin duda, por una estúpida vergüenza— de familiarizarme con este tema tan fascinante. Fui, y probablemente sigo siendo, el único deportado judío de Francia y Navarra que llegó a Auschwitz sin retajar y no jugó este as. La gente se apelotonaba a mi alrededor, cada vez eran más, y se reían casi hasta reventar. ¡Al final, uno de ellos me bautizó como «el mayor de los idiotas»!¹¹

Por desconocimiento, Paul Steinberg no pudo aprovechar la ocasión de escabullirse; en tiempos del nacionalsocialismo, para la mayoría de los hom-

bres judíos, la circuncisión era un signo letal, por el que los reconocían de inmediato, por lo que todos mostraban el máximo cuidado en ocultarlo bien. Sobre todo en las zonas ocupadas, a los judíos se los identificaba de un solo vistazo al miembro circuncidado; desde este punto de vista, por tanto, Steinberg no supo aprovechar lo que suponía una ventaja decisiva.

Este es un ejemplo de fatalidad debida a un desconocimiento individual, que pertenece al mismo tiempo al marco de referencia decisivo para el caso y a las acciones e interpretaciones relacionadas con él. En este sentido, lo que uno hace depende de lo que uno puede saber y desconocer. Pero no solo por esto, la investigación de aquello que unas personas sabían en un punto del pasado resulta una aventura difícil. Pues la historia no se percibe, sino que *sucede*; y solo a posteriori, los historiadores constatan qué acontecimientos de un inventario cabe considerar «históricos» porque, de un modo u otro, han influido en el desarrollo de las cosas. En la vida cotidiana, la transformación gradual del entorno social y físico no suelen registrarse, porque la percepción se ajusta incesantemente a la transformación de sus entornos. Es el fenómeno que los psicólogos sociales denominan como «puntos de referencia cambiantes» (*shifting baselines*). Los ejemplos de cómo las costumbres comunicativas se transformaron hasta provocar un desplazamiento radical de los estándares normativos, por ejemplo en el nacionalsocialismo, muestran la gran eficacia de estos puntos de referencia cambiantes. Uno tiene la impresión de que, en conjunto, todo permanece igual, aunque se han producido transformaciones fundamentales.

Solo posteriormente un proceso de percepción *lenta* se concentra, mediante conceptos como por ejemplo el de la «*quiebra* de la civilización», en un acontecimiento abrupto; ello ocurre cuando se llega a saber que un desarrollo ha tenido consecuencias radicales. La interpretación de lo que los seres humanos han percibido durante el surgimiento y desarrollo de un proceso que ha ido aumentando sucesivamente hasta la catástrofe también resulta una aventura de lo más intrincada; intrincada, asimismo, porque nuestra pregunta sobre la percepción contemporánea del proceso se formula sabiendo cómo ha concluido este, conocimiento que, lógicamente, no estaba al alcance de los coetáneos. Además, uno mira desde el final de una historia hacia su principio y, en cierto modo, debería dejar en suspenso el propio conocimiento histórico, para poder indicar qué se sabía en un momento determinado. Por esta razón, Norbert Elias ha descrito la reconstrucción de la estructura del desconocimiento que se daba en otros tiempos como una de las tareas más dificultosas de las ciencias sociales.¹² También cabe denominar esta labor, en la estela de Jürgen Kocka, como la «licuefacción» de la historia, es decir, «volver a las posibilidades desde la factualidad».¹³

Expectativas

El 2 de agosto de 1914, un día después de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, Franz Kafka, en Praga, anotó en su diario: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, curso de natación». Este es tan solo un ejemplo especialmente notorio del hecho de que cuanto la posteridad ha aprendido a catalogar como *histórico*, solo en raras ocasiones se percibe como tal en el tiempo real en que surge y aparece. Cuando se le presta atención, se hace como mera parte de una vida cotidiana en la que hay muchas otras cosas que percibimos y reclaman la atención. Ello explica que incluso aquellos contemporáneos extraordinariamente inteligentes de un estallido bélico, de vez en cuando, no lo consideren más llamativo que el hecho de haber participado, el mismo día, en un curso de natación.

En el momento en que la historia ocurre, el ser humano percibe la actualidad. Los acontecimientos históricos solo muestran su significación más adelante, cuando han causado consecuencias perdurables o cuando —por decirlo con un concepto de Arnold Gehlen— han demostrado ser «la vez primera de las consecuencias», esto es: se ha constatado que son acaecimientos sin precedentes que afectaron profundamente a todo lo que ocurrió con posterioridad. De ello deriva un problema metodológico, cuando uno formula la pregunta de qué *podrían* saber, percibir, haber sabido o haber percibido los contemporáneos de uno de estos acontecimientos de alborada o «de vez primera»; pues en efecto, estos acaecimientos, habitualmente, no llaman la atención justo porque son nuevos. El ser humano intenta comprender lo que sucede con los marcos de referencia disponibles, aunque se trate de un suceso sin precedentes, que por sí mismo puede constituir una referencia para posteriores acontecimientos comparables.

Así pues, desde una perspectiva histórica se puede comprobar que, cuando la Wehrmacht atacó la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, ya hacía tiempo que se había preparado el camino a la guerra de exterminio. Igualmente, cabe dudar de que los soldados que, a primera hora de la mañana de aquel día, recibieron sus órdenes, comprendieran de verdad qué clase de guerra les aguardaba. Esperaban avanzar con celeridad, como en Polonia, Francia y los Balcanes, no una guerra de exterminio que también en el frente tuviera que lidiarse con una crudeza desconocida hasta entonces. Y sin duda no esperaban que, en el marco de esa guerra, se exterminara sistemáticamente a grupos de personas que, en el sentido más estricto, no tenían nada que ver con la ocurrencia de la guerra. El marco de referencia «guerra», hasta aquel momento, no lo preveía de ninguna manera.

Por esta misma razón, muchos de los judíos alemanes no reconocieron la magnitud de los procesos de exclusión de los que fueron víctimas. El gobierno nazi se consideraba un fenómeno de corta vida, «que era preciso aguantar, o bien un retroceso, para el que uno podía prepararse; en el peor de los casos, una

amenaza, que tal vez podía restringir la libertad personal, pero aun así siempre era más soportable que la peligrosa aventura del exilio». ¹⁴ En el caso de los judíos se produce una ironía amarga precisamente por el hecho de que su marco de referencia comprendía sin más el antisemita, la persecución y el saqueo, debido a las penosas experiencias históricas que habían vivido; pero eso mismo les imposibilitaba ver que en ese momento estaba ocurriendo algo distinto, algo absolutamente letal.

Contextos de percepción con especificidad temporal

El 2 de junio de 2010, tres hombres del Servicio Alemán de Desactivación de Medios de Combate perdieron la vida en Gotinga, mientras intentaban inutilizar una bomba aérea de la segunda guerra mundial. Todos los medios de comunicación informaron profusamente sobre este hecho, que provocó una notable consternación. Si en 1944 o 1945, cuando se arrojó esa bomba, hubieran muerto tres personas, ello no habría merecido ninguna mención especial, fuera del círculo de los afectados. El contexto de aquellos años se llamaba «guerra»: en Gotinga, en enero y febrero de 1945, las bombas aéreas todavía causaron la muerte de un centenar de personas. ¹⁵

Algo similar cabe decir de otra serie de hechos interconectados, las violaciones masivas, que al final de la guerra perpetraron, sobre todo, los soldados del Ejército Rojo, en su avance hacia el oeste. Las impresionantes descripciones anónimas que se publicaron hace unos años ¹⁶ permiten reconocer que, en lo que respecta a la propia percepción y valoración de la violencia corporal, existe una diferencia considerable según si la afectada es *una sola* persona o si son muchas más las que padecen lo mismo. En esa época, las mujeres hablaban de las violaciones y desarrollaron estrategias para protegerse de los abusos, a sí mismas y especialmente a las chicas más jóvenes. Así, la mujer anónima estableció una relación con un oficial ruso que la protegió del abuso sexual arbitrario de otros soldados soviéticos. Pero la simple circunstancia de que existiera un espacio comunicativo en el que se podía hablar sobre el dolor, pero también sobre estrategias de huida, supone una diferencia considerable para la percepción e interpretación de tales hechos.

En relación con la violencia, también hay que tener en cuenta que, históricamente, la violencia se ha ejercido y vivido de formas muy distintas. La sociedad moderna se abstiene de la violencia en un grado extraordinariamente elevado, y la ausencia generalizada de violencia en el espacio público —y, en menor medida, en el privado— se cimenta en el logro civilizador que supone el monopolio de la violencia por parte del Estado. Esto posibilita la notabilísima seguridad que caracteriza la vida en las sociedades modernas, a diferencia de lo que ocurría en los tiempos premodernos, cuando resultaba mucho más probable su-

frir actos de violencia corporal directa.¹⁷ En esa época, la presencia de la violencia en el espacio público —por ejemplo, en relación con los castigos y las ejecuciones— también era claramente superior a la actual.¹⁸ De ello cabe concluir que los marcos de referencia y, con ellos, la vivencia de la violencia ya sea ejecutada o sufrida son extremadamente variables, desde el punto de vista histórico.

¿Qué clase de «tiempos» imperan, exactamente? ¿En qué conceptos de normalidad se clasifican los acontecimientos? ¿Qué se considera habitual y qué se tiene por extremo? Las respuestas a todas estas preguntas forman un elemento de base de gran importancia en los marcos de referencia. En los «tiempos de crisis», por ejemplo, se consideran políticamente justificadas medidas distintas a las propias de los tiempos «normales»; lo mismo cabe decir de las circunstancias catastróficas. Por su parte, en la guerra, según la expresión popular, «todo vale»: al menos, se aceptan muchos medios que, en condiciones de paz, se castigarían con severidad.

Roles: exigencias y modelos

Un ámbito muy amplio, sobre todo en las sociedades modernas, con su diferenciación funcional, lo constituyen los ya mencionados roles, cada uno de los cuales impone por sí solo un conjunto determinado de exigencias sobre aquellos que quisieran o deben cumplirlas. Los roles ocupan un nivel intermedio entre las ataduras y obligaciones culturales y las acciones e interpretaciones individuales y grupales. Existe una serie de roles en los que no somos conscientes que estamos actuando de acuerdo con sus normas, a pesar de que lo hacemos así con toda naturalidad. Aquí se incluyen por ejemplo todos los roles que los sociólogos emplean para diferenciar las sociedades: los de sexo, edad, origen o educación. Los conjuntos de normas y exigencias relacionados con ellos pueden ser percibidos de forma consciente, y también ser analizados así; pero no es necesario ni resulta habitual que ocurra así. Estos roles naturales del «mundo de la vida» marcan no obstante las percepciones, interpretaciones y alternativas de acción; y se hallan sujetos —de forma especialmente clara en el sexo y la edad— a reglas normativas: socialmente, se espera que el comportamiento que tenemos ante una señora anciana no sea igual que ante un joven, sin que por ello exista un catálogo de reglas ni, menos aún, un libro de leyes. Como miembro de una sociedad, uno «sabe» esa clase de cosas implícitamente.

Distinto es el caso de los roles asumidos de forma explícita, que —por ejemplo, en el transcurso de una carrera profesional— pronto se acompañan claramente de nuevos conjuntos de exigencias, que se deben aprender. Así, cuando alguien era solo un estudiante de matemáticas y pasa a trabajar como actuario de seguros, el conjunto de sus exigencias se transforma notablemente: desde las normas de vestimenta, pasando por las horas de trabajo, hasta la co-

municación y las cosas que tienen importancia o carecen de ella. Otros pasos de gran alcance se dan cuando una persona se convierte en padre (o madre) o se despide de la vida laboral por jubilación. También existe una clase de cambios de rol radicales, verbigracia cuando se relacionan con el ingreso en las «instituciones totales»: ¹⁹ en un monasterio, por ejemplo, o en una prisión, o —en lo que es una conexión fundamental para este libro— en las fuerzas armadas. En este caso, la institución —por ejemplo, la Wehrmacht o las SS— pasa a tener a la persona a su completa disposición: esta recibe ropas y un peinado uniformes, con lo que pierde el control sobre su equipación identitaria; ya no puede disponer de su propio tiempo; queda sujeta a toda clase de obligaciones externas, a la instrucción, a las vejaciones, a los castigos draconianos en caso de incumplimiento de las reglas. Precisamente por esta razón, las instituciones totales funcionan como mundos herméticos particulares, porque persiguen objetivos de preparación específica: los soldados no solo deben aprender a manejar un arma o moverse por el terreno, sino también la obediencia, la inclusión incondicional en jerarquías y la actuación automática según las órdenes. Las instituciones totales establecen una forma especial de comunidad, en cuyo seno las normas y obligaciones grupales ejercen una influencia mayor sobre los individuos que en las condiciones sociales normales; y ello simplemente porque el grupo de camaradas del que uno forma parte, aunque no se ha elegido libremente, es sin embargo el único grupo de referencia, sin alternativa. La persona pertenece al grupo porque se la ha asignado a ese grupo. ²⁰

Un rasgo característico de las instituciones totales es que procura privar del control propio a sus clientes, sobre todo durante el período de instrucción, en todo grado y en todos los aspectos; solo después concede grados de libertad y márgenes de actuación, que son específicos para cada graduación jerárquica. La bibliografía sobre el mantenimiento de las experiencias, humillantes en parte, que los mayores obligan a vivir a los jóvenes, pertenece a la forma en que tales instituciones establecen su comunidad: su horror ha sido objeto de análisis literario en multitud de ocasiones. ²¹ Todo esto funciona así en tiempos de paz, en un grado llamativo; pero es aún más intenso en la guerra, cuando la actuación bélica pasa de la condición de simulada a la de real y cotidiana, y la propia supervivencia ya no depende, en último lugar, del funcionamiento del propio comando. Aquí la institución total da paso al grupo total y la situación total, ²² que, en ambos casos, solo conceden a los actores los márgenes de actuación estrictamente definidos según el grado y la estructura de mando. El marco de referencia, en una guerra, es por ende comparable con todos aquellos roles de la vida civil que están determinados por la falta de alternativas. Según lo formuló uno de los soldados cuyas conversaciones se espionaron: «Somos como una ametralladora: armas con las que lidiar la guerra». ²³

Qué hace uno como soldado, con quién y cuándo no son cuestiones que dependen de la propia percepción, interpretación y decisión; el margen con el

cual cabe desarrollar una orden de acuerdo con la propia competencia y valoración resulta, en la mayoría de los casos, extremadamente reducido. En este sentido, la participación de los roles de los marcos de referencia sufre una variabilidad enorme: su significación puede ser casi nula, en las condiciones plurales de la vida civil, o bien total, en las condiciones de la guerra u otras situaciones extremas.

A este respecto, los componentes de los diferentes roles del contexto militar también se pueden superponer, y ello en dos direcciones: la competencia de un agrimensor puede resultar extraordinariamente útil para la orientación en el campo y, a la inversa, las actividades civiles, en el contexto de la guerra y el exterminio masivo, de golpe pueden resultar letales. Piénsese por ejemplo en el ingeniero Kurt Prüfer, de la empresa Topf & Söhne, de Erfurt, que invirtió mucha energía en desarrollar la eficacia de los hornos crematorios de Auschwitz, lo que a su vez permitió incrementar el número de asesinatos diarios.²⁴ Otro caso distinto de solapamiento de roles nos lo cuenta una mujer que fue taquígrafa del comandante de la policía de seguridad de Varsovia:

Cuando en Varsovia morían a tiros uno o dos alemanes, el comandante de la policía de seguridad, Hahn, ordenaba a Stamm, del consejo criminal, que se fusilara a un determinado número de polacos. Entonces Stamm encargaba a las señoras de su secretaría que seleccionaran los expedientes adecuados de entre los diversos informes. En la secretaría había entonces un buen montón de expedientes. Cuando, por ejemplo, había allí 100 expedientes y solo se debía fusilar a 50, dependía de las señoras elegir los expedientes a su criterio. En algunos casos concretos, también podía ocurrir que el autor de un informe añadiera: «A este y a este hay que liquidarlos. No son más que chusma». Eran expresiones muy habituales. A menudo he pasado días enteros sin dormir por la idea de que quien muriera fusilado dependía de las mujeres de la secretaría. Y así, una de ellas le decía a otra, por ejemplo: «Ay, Erika, ¿a cuál cogemos: a este o a este otro?».²⁵

Una actividad inofensiva de por sí puede convertirse, de pronto, en asesina, cuando se cambia su marco de relación. Raul Hilberg ya ha apuntado hacia este potencial de división del trabajo: todos los miembros de la policía de orden público podían

ser supervisores de un gueto o de un transporte ferroviario. A todos los juristas de la Oficina Central de Seguridad del Reich les podía corresponder asumir la dirección de un grupo de intervención de las SS. A todo experto en finanzas de la Oficina Central de Economía y Administración se lo consideraba un candidato natural a prestar servicio en los campos de exterminio. En otras palabras, todas las operaciones necesarias se llevan a término con el personal disponible en ese mo-

mento. Cada vez que se procura distinguir con claridad quién participó de forma activa, se constata que la maquinaria de exterminio representa siempre una muestra llamativamente representativa de la población alemana.²⁶

Si esto se traslada a la guerra, supone lo siguiente: todo mecánico podía reparar bombarderos que, con su carga letal, mataban a miles de personas; todo carnicero podía participar en los servicios de abastecimiento que saqueaban los territorios ocupados. Los pilotos de Lufthansa también intervinieron en la guerra con sus aparatos comerciales, de tipo FW200, en vuelos de larga distancia; solo que, en esas ocasiones, no transportaban pasajeros, sino que debían hundir buques mercantes británicos en el Atlántico. Como la actividad no cambia, en sí misma, los actores de los roles no solían hallar ninguna causa para exponer consideraciones morales o negarse a cumplir con el trabajo asignado. El trabajo seguía siendo el mismo.

En las instituciones totales, como se ha dicho, el marco de referencia dado apenas encuentra ninguna alternativa. Esto es válido de entrada para los soldados que prestan servicio militar, pero lo es más en tiempos de guerra y, más aún, en combate. A este respecto hay que tener en cuenta que una contienda tan prolongada, abarcadora y, en muchos sentidos, sin precedentes como la segunda guerra mundial tiene por sí sola «el carácter de un suceso extraordinariamente complejo y difícil de resumir».²⁷ Para las diversas personas que se hallan en algún lugar de este suceso, resulta enormemente difícil orientarse apropiadamente; por ello, las órdenes y los grupos también devienen más importantes desde el punto de vista subjetivo: garantizan orientación allí donde, si no, esta faltaría por completo. La importancia del grupo de camaradas, para las propias necesidades de orientación, crece cuanto más amenazadora resulta la situación en la que uno se encuentra en ese momento. El grupo se convierte en un grupo total.

Ante el telón de fondo de la teoría de roles, nos preguntamos por qué alguien muere en la guerra o por qué participa en crímenes de guerra; pero estas preguntas solo adquieren pleno sentido si se formulan como cuestiones empíricas, no morales. Como preguntas morales, solo serían oportunas si los márgenes de actuación incluyeran las alternativas reales que *no* fueron elegidas por los implicados. Como es sabido, esto es válido, por ejemplo, para la negativa a participar en las denominadas «acciones judías», que carecía de consecuencias jurídicas,²⁸ y para los incontables casos —que veremos a lo largo del presente libro— en los que la violencia se ejercía a placer. Pero en muchas otras series de sucesos de la guerra, uno debe reconocer, con objetividad, que no se daban las alternativas de actuación y posibilidades de elección que la pluralidad de los roles ofrece en la vida civil cotidiana.